



Leyendas

Urbanas

1º Una de ellas

Heleno de Pravia

Existe una leyenda urbana que dice que la venganza se sirve en plato frío, y que hay que esperar a veces sentado durante mucho tiempo para llevarla a cabo. Yo creo que es cierta, y si no, lean lo que me ocurrió.

No podía pensar que era real lo que me pasaba aquella mañana, al principio dudaba pero poco a poco me di cuenta de quien era el cliente que se sentaba enfrente de mí. Primero, tengo que aclararos, que soy el director de una oficina bancaria, una de tantas y yo uno de tantos. Entré a trabajar en el banco por azar, como la mayoría, no sabíamos que hacer después del bachiller elemental y sólo teníamos claro que era preciso trabajar cuanto antes y arrimar un sueldo a la familia. No me han ido mal las cosas, no me quejo, creo que incluso tengo cierta autonomía por parte de mis superiores y vivo muy tranquilo.

Pero volvamos a aquella mañana. Me pasaron a un cliente al que habíamos denegado un crédito y en base a su antigüedad quería hablar conmigo. Encima de la mesa tenía sus datos y la solicitud denegada, su nombre no me decía nada,

pero cuando empezó a hablar, bueno, cuando empezó a hablar todo cambió, los recuerdos llegaron como un aluvión.

Aquel hombre, ahora un anciano, encogido, de pelo blanco, gafas de gruesos cristales, andares poco firmes, achacosos y una mirada gris que a veces se transformaba y brillaba, era Don Daniel, el director del colegio donde estudié. Habían pasado muchos años, estaba irreconocible, el tiempo le había pasado una alta factura, ya no había nada de aquel hombre que para mí era un gigante fuerte, musculoso, vestido con trajes elegantes, de andares majestuosos y mirada que fulminaba a los alumnos que se cruzaban con él por los pasillos del colegio. Sólo quedaba la voz, su voz, que aunque ya no era tan segura como antes, seguía siendo la misma. La voz no cambia, el timbre de voz lo conservamos siempre.

Don Daniel durante los años 70 había sido el director del colegio, y desde esa atalaya impuso su ley y orden. De métodos brutales, acostumbraba por la menor incorrección, indumentaria o travesura, imponer un castigo terrible. Bofetadas, golpes y empujones eran habituales cuando supervisaba la salida y entrada en las instalaciones o en las clases. Los padres de aquella época entendían que una bofetada a tiempo y algo de disciplina siempre venía bien. Teníamos y sobre todo yo, tenía miedo, temblaba ante su presencia, me ponía nervioso si me preguntaba algo en clase y me llamaba en público "alfeñique". Me ponía en ridículo, como ejemplo de niño enclenque al que no le gustaba ni la gimnasia ni los deportes. Era un desastre, la gimnasia sólo la aprobaba porque acostumbraba a aprobar el resto de las asignaturas. Miedo y también oscurantismo y represión, su modelo educativo se remontaba a los años 50, seguía anclado en el más rancio nacionalcatolicismo. Afortunadamente la educación era tan burda y casposa que nos resultaba increíble cuando contrastábamos lo que en aquel centro se decía con lo que ocurría en la calle, eran dos mundos diferentes y opuestos.

Supervisaba todo, desde las cocinas del comedor hasta las evaluaciones y además hacía las funciones de tutor y psicólogo. Así el último año suspendí Química y la conseguí aprobar por los pelos en Septiembre. Llamó a mis padres y les dijo que era flojo para los estudios, que no servía, que me buscaran un trabajo liviano, y así, aunque mi padre estaba dispuesto a ajustarse el cinturón y permitir que siguiera estudiando, se cambiaron los planes y se decidió que yo trabajara y que fuera mi hermana, dos años más pequeña, la que continuara estudios.

Por eso, aquella mañana, allí estaba Don Daniel, la persona que decidió, bajo su criterio, que yo debía de trabajar, y ahora era yo quien debía decidir si era posible flexibilizar las normas, hacer una recomendación y concederle el crédito. Iba acompañado por una señora que me presentó como su esposa. Le dejé que hablara:

-Necesito un crédito, yo estoy jubilado, a mi hijo le han ido mal los negocios y nos van a embargar el piso donde vivimos, dejamos que lo utilizara como aval, y ya ve... El crédito nos permitiría tirar de momento, hasta que vendamos unas tierras

en el pueblo, yo soy de un pueblo de Burgos como El Cid, luego pagaría el crédito y allí viviríamos. Mi hijo ha tenido mala suerte. Soy cliente desde hace muchos años de este banco. A usted no lo conozco, al otro director sí.

¿Qué negocios tenía su hijo?

-Él especulaba con pisos, terrenos, vivía bien, pero se divorció por culpa de su mujer, y todo le ha ido mal. Una mala racha. Estudió Derecho pero nunca ha ejercido. Es un buen muchacho.

¿Y Usted, que ha sido de su vida?

-Me he dedicado a la enseñanza, he sido director de varios colegios durante muchos años. He hecho una labor magnífica, he formado hombres y mujeres de provecho, buenos cristianos y buenos españoles. Gente seria y formal que me recuerda, muchos han llegado muy alto, pero la gente es ingrata y se olvidan rápido de lo que uno ha hecho. Yo no he tenido horarios ni días de fiesta, la educación era lo primero. He formado muchas generaciones, he moldeado el alma y el espíritu de muchos chicos.

Los ojos le brillaban, le brillaban como hace muchos años, cuando nos fulminaba por cualquier nimiedad. Su esposa intervino:

-Él ha sido muy querido por sus alumnos y profesores, se ha sacrificado, ha trabajado mucho, siempre sin pedir nada a cambio. Ni premios ni ascensos en el Ministerio, sólo la gratitud de los chicos que no lo olvidan. Nada, todo por los demás, por los chicos.

Intervine, no sabía que decir, ni que proponer, pero delante de mí tenía a la persona que me había hecho llorar muchos domingos por la noche temiendo la vuelta a las clases del lunes. Ahí tenía al monstruo que había truncado las voluntades de muchos chavales con sus normas estúpidas y atrofiantes y con sus decisiones arbitrarias.

-Como comprenderá mi situación es comprometida, ustedes no cumplen las normas para la concesión del crédito, y además su hijo puede ser incluso procesado por estafa, viene hoy en el periódico. Su caso es difícil, tengo dudas, no sé que hacer, ¿Usted cuando tomaba sus decisiones sobre los estudiantes que tenía a su cargo dudaba?

-Por Dios, yo estaba seguro de lo que hacía, había muchos zoquetes y había que educarles con mano firme, nada de libertades como otros propugnan ahora. Yo no dudaba, estaba seguro de no equivocarme. Mire Usted, yo tengo unos principios morales muy firmes, nadie me ha reprochado nunca nada. Yo fui duro con los chicos pero nadie ha venido nunca a decirme nada, nada de quejas, solo alabanzas y obsequios. Tengo muchos recuerdos en casa.

-Bien, bien, por favor y vamos a continuar esta conversación tomando un café, si les parece bien. Tengo algo que decirle, que para mí es muy importante.

-Muy bien señor director, de acuerdo, como Usted diga.

Atravesamos la calle y entramos en la cafetería, nos acomodamos en una mesa apartada y tranquila y solicitamos nuestra consumición. Había cierta expectación, Don Daniel me miraba con curiosidad.

-Bien, como les decía tengo algo que decirles, yo he sido alumno de usted, estudié en su colegio, aunque ahora puede que no me recuerde, es normal hace tantos años y éramos tantos alumnos.

-Es curioso me acuerdo de muchos, tengo muy buena memoria, sin embargo a Usted no lo recuerdo.

-De mí es posible que no me recuerde, yo no era brillante, no destacaba por nada. Les he traído aquí porque me voy a quitar la chaqueta y la corbata, le voy a hablar, no como director del banco, sino como un antiguo alumno. Me cuesta trabajo decirlo pero la ocasión es de oro, Usted me hizo mucho daño, a mí a otros compañeros, lo que pasa es que nunca tuvimos valor para decírselo a la cara. Primero porque no hubiera tenido ningún efecto, éramos unos chicos, y después lo fuimos dejando. Sin embargo, cuando coincidíamos en el barrio y tomábamos unas cañas, durante muchos años todos hablamos de usted. De su crueldad, de su autoritarismo, de su verdad única, no sólo no nos escuchaba a nosotros, ni siquiera a nuestros padres ni a los profesores. Usted tomaba decisiones importantes, en mi caso, aconsejó que no estudiara y no me quejo, gano mas que mi hermana que hizo una carrera. Eso se lo perdono, pero el miedo a equivocarme en su presencia, el terror a sus golpes con los nudillos en la cabeza, el odio que me provocaba su voz metálica, sus consignas propias de trogloditas dando instrucciones y adoctrinándonos, eso no se lo perdono. Es más, le voy a confesar una cosa, a veces pensaba que si le veía en un anden del metro, le empujaría para que le atropellara un tren, yo creo que lo odio.

-Me deja usted perplejo, eso no es así, es cierto que a veces podía ser un poco duro, pero seguro que era por su bien. Siempre me he guiado por principios morales justos y rectos. Soy un anciano, ¿Qué quiere hacer ahora? Han pasado muchos años.

Intervino su esposa, muy enfadada:

-Es usted un ingrato, a pesar de todo es el director del banco, no le ha ido tan mal.

-Pues esto es todo, si usted quiere que yo modifique los criterios para la concesión del crédito, que lo recomiende a pesar de todo, pues una vez que ha sido rechazado ya sólo mi criterio puede servir, le voy a poner una condición. Nos vamos a reunir una serie de antiguos alumnos, yo me pasaré por el barrio y trataré

de localizar a los que pueda. Luego quedamos en un lugar adecuado, y allí le dicen lo que opinan de Usted y Usted le pide disculpas y perdón, se explica con ellos. ¿Que le parece? Yo creo que es un trato justo.

Don Daniel, estaba iracundo, se puso rojo, tenía dificultad para hablar, se puso de pie, quiso decir algo y se volvió a sentaren la silla.

-Es un trato injusto, yo tengo medallas, el Ministerio ha reconocido mi labor, he recibido homenajes, yo soy el director del colegio. Hablaré con sus superiores, esto es una canallada.

-Perdón, fue le recuerdo que fue el director, ese es su problema, ahora es un jubilado, arruinado por el tarambana de su hijo, por cierto cliente de esta misma oficina y como antes les dije es posible que acabe en la cárcel. Muy mal educado por Usted, no le parece. Hoy Usted no es nadie.

Me marché a la oficina pensando que quizás me había pasado, era un anciano, y había transcurrido mucho tiempo. Me encontraba mejor, había soltado un lastre que me había acompañado durante muchos años. No supe nada de Don Daniel, hasta hace unos días cuando me ha informado un empleado que había fallecido de un infarto repentino. Yo creo que las cosas no ocurren al azar, es posible que su vida edificada sobre arena se hubiera ido desmoronando y yo sólo le había dado el empujón que hacía falta. Ahora tengo otra duda, ¿soy yo justo en mis apreciaciones? ¿Soy justo con mis empleados? Yo también tomo decisiones sobre los demás.